

AMARILLEA EL ARCE

Por: SIROCO

El arce se ha puesto color yema de huevo y no entiendo por qué. ¿Será que le afectan estas tremendas heladas de diciembre? ¿La lluvia habrá podrido sus tiernas raíces? Aún no mide ni dos palmos y apenas tiene una docena de hojas, pero hace nada eran de una tonalidad verrojoziza, lozanas y tersas, y ahora perdieron el color, se ven flácidas y alicaídas, sin espíritu, como si no pudieran con su propio peso. Amarillearon de una forma extraña. El invierno, va a ser el invierno, que es demasiado inclemente con su juventud.

La verja está desconchada por todas partes, necesita una mano de pintura. Y la portilla desvencijada, con una patada se viene abajo. Si consiguiera el empleo en la consultoría podría pensar en adecentar la casa. Son tantas las cosas que se han ido acumulando después de años con la cartera ajustada, tantas las averías, los deterioros que han tenido que esperar mejores tiempos... La instalación eléctrica, sin ir más lejos. Es una trampa mortal y habría que revisarla entera. Y la humedad en la pared sur del dormitorio de Nerea, y las ventanas llenas de rendijas por donde entran como pedroporsucasa estos vientos helados... Tendría que hacer un estudio de prioridades a ver por dónde empezar llegado el momento.

Estupendo, me acabo de manchar con el óxido del cerrojo. ¿Llevo clínex? Sí, menos mal, sería el colmo tener que entrar en casa otra vez, que ya tuve que volver a por el paraguas. Yo y mis olvidos, no puedo con esta cabeza. Siempre rondándome pensamientos tontos que inciden machaconamente sin poderlo evitar, mientras me despisto con las cosas importantes. ¿Habré cerrado la ventana de la cocina? A la mierda, ya no vuelvo.

La parada del autobús está vacía. A estas horas ya todo el mundo está en su lugar de trabajo, o en clase, o en sus ocupaciones. Las diez, y yo bostezando. Cada vez me cuesta más madrugar. Esas pastillas que me dio el doctor Guerra me atontan las mañanas, en cuanto pase este chaparrón las dejo. Va a llover, tiene toda la pinta. He hecho bien en coger el paraguas. Espero que no me calen las botas, juraría que la última vez me entró agua. ¿O fue en las marrones? Tengo que llevarlas a arreglar, pero todo cuesta tanto...

Ahí sale Ángela de su casa. Mucho me temo que si me ve en la parada querrá llevarme. Intento ocultarme en un rincón de la marquesina y miro para otro lado a ver si se despista. Nada, me ha visto y me está pitando. Me acerco al coche y ya ha abierto la puerta, qué mujer más amable. Pero tan habladora...

¿Vas para la ciudad? No le voy a decir que no estando en la parada del bus que va a la ciudad. Tengo que subir. Su coche huele a nuevo, lo ha cambiado hace poco. Tiene el bolso en el asiento, lo quita para que yo me siente y lo deja en la parte de atrás. Ya está viniendo el frío, ¿verdad? Cómo no va a llegar el frío si estamos en diciembre. Pero respondo sí, aunque no nos podemos quejar que todavía no aprieta mucho. Va perfectamente maquillada y de punta en blanco. Anillos y pulseras de oro, supongo que eso no es bisutería. Siempre sale de casa como si fuera a una fiesta, qué santa paciencia. A mí cada vez me aborrece más arreglarme, si no fuera por lo que es...

Donde el semáforo me dice que va al supermercado, que se quedó sin azúcar y quiere hacer un bizcocho, y a coger unas prendas del tinte, y a comprarle unas botas nuevas al chaval, que madre mía, no sé qué hace con el calzado. Yo le respondo que voy a una entrevista de trabajo. A ver si tienes suerte, mujer, que está la cosa tan mal... Y tanto, sobre todo para las mujeres que, como yo, se desmarcaron de la vida laboral hace veinte años para atender una casa y una familia. De qué me sirvieron los estudios que a mis padres tanto les costó pagar si se han quedado desfasados y apenas sirven ya para nada y hay que reciclarse o morir de asco. Morirse de asco.

Empieza a llover y Ángela se queja, qué lata, dejé la ropa tendida en el jardín, si seré imbécil, ¿cómo no lo vi venir con esos nubarrones? Le digo que yo siempre tiendo la ropa en el corredor cuando voy a salir, por si acaso, que la lluvia aparece cuando menos te lo esperas. Y pienso en el arce, tan amarillo y mustio, ¿y si lo tapo con un plástico, en plan invernadero, para que la lluvia no lo corra? Qué tontería, los arces toda la vida han estado a la intemperie sin sufrir contratiempo alguno. A los del parque están empezando a caérseles las hojas, pero siguen estando rojas. Dentro de poco el césped se cubrirá con un vistoso manto colorado que los niños pisotearán para oírlo crujir. Y mi arce, ¿qué pasará con él? Mucho me temo que esté enfermo y acabe por morir sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

En las calles del centro están colgando el alumbrado navideño. Qué bonito, dice Ángela, y eso que este año el ayuntamiento no tenía para dispendios, se ve que los comerciantes han actuado por su cuenta. La Navidad no es lo mismo sin las calles iluminadas, ¿verdad, Sabela? Desde luego, le respondo, da mucha alegría. Pero en realidad no sé lo que me da, pensar en navidades pasadas es una mezcla de sensaciones raras, buenos y malos momentos que pujan por alzarse vencedores de una batalla. Si pudiera borrar de un plumazo los malos para que no hieran...

Me bajo en la calle Mercaderes, hasta luego, Ángela, gracias por traerme. Ni lo menciones, mujer, qué me cuesta. Es temprano, doy una vuelta por la plaza Mayor. Qué lata la lluvia, el paraguas es un engorro tanto abierto como cerrado. Me encuentro con Lourdes, mira que es grande la ciudad y siempre me encuentro con alguien conocido, y me paran, me preguntan, se inmiscuyen... Qué es de tu vida, mujer, ¿tomamos un café y nos ponemos al día? No puedo, prima, que tengo una prisa tremenda, ya quedamos en otro momento. Siempre decimos lo mismo y luego no nos vemos nunca, esta semana sin falta te llamo, dice cuando yo ya he emprendido la retirada.

Se mete en el Sugar Tea & Coffee, debe ser su hora del café. ¿No tiene su oficina por aquí cerca? Creo que en aquel edificio verde del final de la calle. Qué suerte ha tenido con la empresa que montó, aunque la verdad que se lo merece, ha sido siempre una mujer tan luchadora y vital... Yo que pensaba de ella que no duraría al frente del negocio, con tantos hombres a su cargo, que no la iban a respetar... Qué equivocada estaba, y cuánto escepticismo obtuvo por parte de las mujeres de la familia, parece mentira que luego pidamos igualdad cuando somos las primeras en negarla. Claro que cuando pensaba así yo era otra persona. Fui otra persona durante tanto tiempo...

Caramba, abrieron una tienda nueva de menaje del hogar donde estaba la mercería Edelweiss. En el escaparate tienen el rallador que andaba buscando, qué oportuno, la nena se empeña ahora en que el rallador de casa es muy fino y que la zanahoria para las ensaladas debe ir en tiras más gruesas. Pues córtalas en juliana con el cuchillo, hija mía. Nada, hay que tener un rallador nuevo, mamá, que lo vamos a usar mucho y no puede costar gran cosa. Si es que ahora le dio por las ensaladas, qué criatura, vida sana, dice, pues vida sana.

Entro en la tienda, qué demonios, ¿no le voy a dar ese capricho a mi niña? Con el dinero que me ahorré del bus y un poco más, pago el rallador. Qué contenta se va a poner. Lo meto en el bolso, no es plan llegar a una entrevista de trabajo con una bolsa por donde asoma el mango de un utensilio de cocina.

Al salir ha dejado de llover, menos mal. Tal vez debería haberme puesto ropa más elegante, el abrigo de lana que me regaló mamá en vez de esta gabardina, si es que por no estropearlo no me lo pongo nunca. Lo guardo para una ocasión especial y en realidad nunca tengo una ocasión especial. Tienes que cambiar el chip, me dice mamá como si supiera lo que significa la palabra chip, y me compra cosas sabiendo la rabia que me da que se gaste dinero en mí, que ya bastante me ayudó con la nena cuando estuve en el Centro. El vestido que llevo sí es apropiado, el que me compré para el juicio, oscuro, femenino, ni demasiado informal ni demasiado serio, de mujer que espera que el mundo la comprenda. Y el foulard me da un toque especial, sofisticado. Yo creo que doy el pego.

Número Diecisiete, aquí es. La fachada es imponente. Una doble puerta blanca en arco, un letrero gigante en letras doradas con el nombre de la entidad. Abro la puerta como con miedo, me siento extraña en este lugar tan... cómo diría, ¿lujoso? no exactamente, tal vez señorial, como esos edificios antiguos donde una se imagina que han pasado grandes cosas y ha vivido gente muy importante que ha tenido vidas muy interesantes. Un lugar donde las pequeñas vidas como la mía resultan todavía más pequeñas.

El suelo parece de mármol. Froto bien los pies en la gran esterilla que hay en la entrada, da no sé qué manchar este suelo tan impoluto. Techos altos, jardineras con plantas, cuadros en las paredes, grandes puertas, pasillos. Por fin veo donde dejar el paraguas. Un hombre uniformado me observa desde el mostrador que hay enfrente. Me dirijo a él y le digo el motivo de mi visita. Sí, pase por aquí, por favor. No hay nadie más esperando, ¿seré la única candidata? Me lleva hasta un despacho sobrio y elegante donde una mujer muy bien vestida se levanta y me da la mano. Nora Pont, se presenta.

Es agradable. Me mira a los ojos, no parece que se fije en mi aspecto. Lee mi escueto currículum y me pregunta si mis estudios de informática son recientes. Sí, le digo, los

terminé este mismo año. Seguro que piensa qué pinto yo a mi edad estudiando informática. He tenido tanto tiempo para estudiar en el Centro... Me dio por ahí como me pudo haber dado por la jardinería, sinceramente. En aquel momento las dos cosas se me antojaban igual de estrambóticas y aburridas, pero algo había que hacer. En vistas a un futuro empleo, mejor la informática, me recomendó papá. Todo el mundo sabe manejar un ordenador, a ver por qué yo no, me animé. Estaba tan convencida de mi inutilidad que hasta me sorprendió lo bien que se me daba y lo rápido que aprendí. Claro que si me hubiera dado por la jardinería hubiera sabido cuidar de mi arce, además de que podría obtener un empleo más fácilmente. No hay muchos buenos jardineros hoy en día. Pero de esta forma puedo tener acceso a mejores trabajos. Supongo. Veremos.

La señora Pont me explica en qué consistirían mis tareas y que el horario es impredecible porque las reuniones se alargan a veces hasta muy tarde, ¿sería un problema para usted? Ha empezado a hablarme en árabe, imagino que para comprobar cómo me desenvuelvo con el idioma. No, le respondo también en árabe, mi hija ya es mayor y no tengo problema de horarios. El sueldo no es mucho de momento, se irá revisando según se vayan incrementando las responsabilidades. Me parece bien, por no decir me parece una maravilla. ¿Y en qué ha trabajado últimamente? Pues mire usted, de puta, pienso así de pronto. Pero le respondo ampliando unas cuantas invenciones del currículum que me ayudó a redactar Nerea. De acuerdo, muchas gracias, Sofía, ya tenemos todos sus datos y encaja bastante bien en lo que necesitamos. Si decidimos contar con usted la llamaremos a lo largo de esta semana. Buenos días.

A lo largo de esta semana. Eso suena a eternidad. El suelo de mármol y la doble puerta en arco quedan atrás. Yo creo que le he causado buena impresión y que tengo los conocimientos necesarios para realizar ese trabajo con los ojos cerrados. Pero no sé, supongo que si hay candidatos de sexo masculino el puesto será para uno de ellos. Aunque la asesora Torres me dice que me quite esos clichés de la cabeza, que las cosas han cambiado mucho. Y que esta empresa precisamente da prioridad a mujeres con cargas familiares, y que además contratar a personas de mi edad les reporta ventajas fiscales. Tal vez... Si ella me lo puso tan fácil por algo será, pero no sé, no sé...

Aún me queda media hora para lo de la avenida Shultz. No sé qué hacer que no cueste dinero. Mirar escaparates, qué si no. Bershka. Qué vestidos de fiesta tan preciosos, y no

son nada caros. A ver qué dice Nerea, se merece una nochevieja como dios manda con todo lo que se está esforzando en los estudios. Qué bonito le queda todo a mi peque, tan linda y esbelta... Pues aquel vestido con las mangas de encaje seguro que le gustará. La semana que viene a ver si quiere venir de compras. Me va a decir que no, que hay otras cosas que hacen más falta. Pero no deja de ser una chica con ilusiones y seguro que la puedo convencer.

Qué contentos se pondrán papá y mamá si me dan este trabajo. Ya han sufrido bastante por mi culpa. Ya no tienen edad para andar preocupados por una hija y una nieta que solo deberían darles alegrías. Sí, su nieta sí les da muchas alegrías, qué buena niña nos ha salido dadas las circunstancias. Cómo pudo pasar por todo aquello y ser hoy una persona normal, feliz, sensata y responsable. Ni en mil años podré dar suficientes gracias por eso. Si ella supiera que aquella mirada suya de inocencia rota fue el detonante de todo, lo que puso en mis manos la decisión tantas veces pospuesta...

Otra tienda nueva de telefonía en la esquina, ¿cuántas han abierto desde principios de año? En esta calle los arces siguen llenos de hojas, qué precioso espectáculo toda esta arboleda rojiza bordeando la avenida. ¿Por qué mi pequeño arce se estará poniendo tan mustio? Con la ilusión que me hacía verlo crecer desde que asomó en el jardín allá por marzo. Habrá que darle tiempo al tiempo. El reloj de la iglesia marca las 11'25, miro mi reloj, está un minuto atrasado. Bueno, vamos para allá.

Qué mal huele el portal, ni que hubieran hervido coles aquí. El ascensor huele exactamente igual. Todo lleno de espejos, qué horror. Con lo poco que me gusta mirarme. Vas para vieja, Sabela, el maquillaje ya no disfrazaba esa tez apagada. Qué coño, no es la edad, es la mala vida que me dio el difunto, y las pocas oportunidades que me dio la vida. Pero eso va a cambiar, seguro, ahora soy capaz de ver las cosas de otra forma.

El hombre tarda en abrir, se ve que no tiene prisa. No es muy mayor, bueno, qué más da. Me pregunto si podríamos Nerea y yo cultivar hortalizas en el jardín, no puede ser muy difícil. Nos ahorraríamos un buen dinero en la lista de la compra. Tengo que llamar a Yolanda, ella toda la vida tuvo huerta. Pero no sé, me da que me hará preguntas, y paso de dar explicaciones. Su marido era tan amigo del difunto... Dudo que yo les caiga

bien ahora, después de lo que pasó. Ni vinieron a verme al Centro, ni me llamaron al salir, ni me preguntaron por qué hice lo que hice... Supongo que solo saben lo que mi suegro les contó, y dijo de mí tantas burradas... Qué va a decir él, si de tal palo tal astilla.

No está mal esta casa, buenos muebles, cómo me gustan esas cómodas antiguas de madera repujada, con tiradores dorados y un montón de cajones, yo no sé por que me gustan tanto los cajones, desde siempre. Ya de pequeña hurgaba en los de mamá en busca de las antiguas cartas de amor que guardaba atadas con una cinta, y de aquellos pañuelos que llevaba siempre al cuello, de colorines, a juego con cada uno de sus vestidos, y de los sujetadores que me ponía con calcetines dentro para luego hacer poses de diva en el espejo, qué risa, por dios, cuando me veía, ya te saldrán, Sabela, ya te saldrán, todavía me lo recuerda muchas veces. Ay, mami, qué suerte teneros ahí apoyándome siempre, incluso cuando pensaba que no me merecía el cariño de nadie.

¿Cuánto tardará en hacerse grande un arce? En sentirse seguro, bien enraizado al suelo, con la fuerza suficiente para que su integridad quede a salvo de las inclemencias. ¿Sentirá miedo a ese amarillear de hojas y esa pérdida de firmeza que le viene de pronto sin que nadie le diga lo que le está pasando, sin saber cómo estará mañana? ¿Notará en su cuerpo el frío de la escarcha, la crudeza del viento cuando llega la noche, la lentitud de las horas cuando las heladas de diciembre caen sobre él como cuchillos? ¿Sabrá tener paciencia, esperar su momento, pelear por la vida cuando los inviernos lo dejen desnudo?

El ascensor sigue oliendo a col, y en el espejo me mira una chiflada que sonríe porque lleva en la cartera un poco más de dinero que hace media hora. Bueno, hasta la semana que viene nos apañaremos divinamente con esto, si me dieran el trabajo y pudiera dejar este rollo... Nos está sacando adelante pero no puedo seguir así mucho tiempo, si Nerea se enterase, o papá y mamá... qué vergüenza, noloquieronipensar.

Ha salido el sol y las calles mojadas brillan como el cristal. Se ha recompuesto el día, solo le falta un gran arco iris para ser perfecto. Cómo me gustaba de pequeña el arco iris. Me parecía mágico, como si su presencia fuera a traerme algo bueno. Nunca era así, pero solo verlo ya era algo bueno realmente, porque me hacía sentir especial, como

si estuviera ahí solo para mí. Lo buscaba en el cielo cada vez que veía aparecer un rayito de sol entre la lluvia. Todavía lo sigo haciendo, hay cosas de las que soy incapaz de despojarme por más años que pasen.

El paisaje urbano se ha llenado de movimiento. Me gusta el gentío, me siento arropada, es como si aquí nada malo pudiera pasarme. Efectos del pasado, tengo que quitarme de encima este miedo a volver. “El hogar es ese sitio donde está el corazón”. Así es. Ahora sí. Pero todavía me queda ese miedo ancestral al lugar donde fui tan infeliz, por más que ahora solo tiene cosas buenas. Es porque la casa sigue siendo la misma. Cambié las cortinas, pero no pude cambiar su sombra amenazante en las puertas ni camuflar su olor en los pasillos ni despegar su voz de las paredes. Aunque cada vez hay más aire nuevo que se lleva todo eso. Cada vez más.

La parada del bus es un puro charco. Ahí está mi autobús, las doce y media, llego a tiempo de hacer la comida para cuando vuelva mi peque de la universidad. Espaguetis con tomate y ensalada otra vez, pero ella nunca cansa. Qué suerte de hija, si es que todo en la vida no me podía salir mal. Ya está bien de victimismos, Sabela. Tienes muchas cosas buenas por delante, gente que te quiere y te apoya, ¿acaso se necesita mucho más? Un trabajo digno, sí, algo que te ate firmemente a la tierra, que te haga convencerte de que en verdad no eres menos que nada, que ser mujer no es delito, que tus errores y tus cautiverios han quedado atrás.

Ahí está Ángela aparcando el coche en el garaje. Ha abierto el maletero ¿compró medio centro comercial? En su casa el dinero no es problema. Me ha visto, tendré que ayudarla. Se me fue la mañana en tonterías, me dice. Media hora en el banco para poner una firma, ¿te lo puedes creer? Gracias, guapa, déjame esas bolsas en la cocina si me haces el favor, ¿y qué tal la entrevista? Yo creo que bien, pero ya sabes, siempre dicen lo mismo, la llamaremos y luego no llaman... Bueno, mujer, ten confianza, tarde o temprano la suerte cambiará.

La verja no corre tanta prisa. Hay cosas más necesarias en la casa. Si me dieran el trabajo se resolverían tantos problemas... Sería mirar hacia delante sin la congoja de la incertidumbre, sabiendo que puedo sacar adelante a mi pequeña sin ayuda de nadie, para

que sea una chica feliz como sus amigas, sin traumas ni rencores por un pasado que no se merecía, que no nos merecíamos.

Yo no entiendo qué le pasa a este arce que amarillea.